

Cerámicas

Miguel Durán Loriga
Jesús Martitegui. Arquitectos

Dicen que la cerámica está de moda; a nuestro juicio, no se puede decir esto. La cerámica es una de las industrias más antiguas de la humanidad y más perdurables; lo que ocurre es que necesita redimirse, y estamos presenciando esta redención.

La cerámica es y sigue siendo la primera artesanía del mundo, la más popular, la doméstica por excelencia.

Las manos de los hombres han conseguido las obras de arte más perfectas y depuradas con el barro cocido.

Que nadie pretenda mejorar los cántaros de nuestros alfareros, porque su belleza, su calidad estética, es ya tan inmovible como la propia naturaleza. Es una obra tan acabada, tan definitiva, como lo puede ser un nido de golondrina.

Por toda la Península, donde se encuentre un modesto alfar, se está renovando un prodigio cuya consecución ha costado muchos siglos. Pero este arte intuitivo, puro y desnudo, está solo en estos pequeños reductos; cuando la cerámica ha tenido que sufrir los vaivenes de las diferentes corrientes artísticas, cuando

ha buscado la satisfacción de gustos minoritarios, el resultado ha sido terriblemente desigual.

El arte de la cerámica ha sufrido dos graves atentados, cuyas consecuencias, lamentables, son patentes en estos momentos.

La aplicación repentina de la porcelana en Occidente, y la nueva concepción industrial, que representó la decadencia de muchas artesanías tradicionales.

La decoración cerámica, conseguida por la magia de los vidriados, alcanzó muchas veces valores plásticos inigualables.

Estos motivos decorativos, o han sido abstracciones nacidas expresamente para la cerámica, o han sido réplicas de otras artes como la pintura.

No cabe duda de que estas réplicas pictóricas, deformadas por manos artesanas, han producido obras de arte donde predominaba la gracia y la ingenuidad sobre las otras cualidades estéticas. En su carácter predominantemente anecdótico llevaban el germen de su decadencia, pues lo que se iba transmitiendo no era una invención esencialmente auténtica,

sino una adaptación popular de otras artes que evolucionaban independientemente de la cerámica, y en las que el artesano no podía intervenir.

Las últimas consecuencias que hoy todos conocemos son esas cerámicas rutinarias, copias a su vez de antiguas copias a veces tristemente deformadas, tales como las actuales de Manises y Talavera.

No pasa de ser curioso ver a las mujeres reproducir en los platos los estarcidos del siglo XVII y XVIII; en esto, como en otras tantas cosas, hay que saber diferenciar el valor de lo pintoresco y el de lo puramente artístico.

Cuando esta artesanía popular ha querido hacer réplicas de las actuales corrientes artísticas han surgido los más atroces esperpentos; a nuestro juicio esto es debido a que las nuevas creaciones plásticas se han apoyado esencialmente en una revolución de los conceptos de carácter intelectual, fuera por completo de la comprensión de la gran masa.

El artesano y el industrial corriente están imposibilitados de concebir obras de cerámica de tendencias actuales, y al faltarles la sinceridad, virtud fundamental de todo arte verdadero, producen los más desagradables bastardos.

El caso más típico que conocemos en este orden es el de un artesano de buen oficio que, por el breve contacto con algunos pintores que ensayaron en su modesto alfar, se decidió a hacer una cerámica que él titula "surrealista", consistente en deformar las formas tradicionales mediante abolladuras, orificios y extrañas asimetrías hechas al azar que se complementan con un cromatismo dislocado y sin sentido.

El éxito de estos engendros ha sido grande; una importante tienda de ventas al por mayor llena profusamente sus escaparates con estos esperpentos, y la gente los compra como complemento de sus modernísimos muebles, que también se fabrican en grandes series. Exporta al extranjero con buen éxito y nada más atravesar la frontera desde Francia, en Irún, un hombre disfrazado con un traje popular vende con un borriquillo estas cerámicas también disfrazadas.

Pero el campo de las cerámicas de mal gusto es mucho más amplio. En todas las ciudades del mundo se exhiben multitud de ellas y hay montadas industrias para aprovechar este desconcierto de la gente que intenta ponerse al día buscando simplemente lo último.

Es por eso que algunos grandes artistas del momento han hecho personalmente sus ensayos cerámicos; éstos son el caso de Picasso y Miró, en su feliz conjunción con Artigas.

Pero este mal no es tan moderno. Para nosotros

la primera gran adulteración ha sido la producida por la porcelana occidental.

Cuando llegó la extraordinaria porcelana oriental a Europa causó admiración, pero esta admiración se dirigió más a la calidad material de las obras que a la exótica aportación estética, cuyo misterio e interés no ha sido tomado en cuenta hasta mucho más tarde.

Así, para satisfacer un gusto minotario, se improvisó un nuevo tipo de cerámica con el delicado caolín.

Al faltar la vital consistencia de la tradición, las cualidades del nuevo material fueron aprovechadas para llenar los palacios de angelotes sonrosados, cortesanas, y, en fin, toda esa extraña fauna que constituye las antiguas y actuales porcelanas occidentales. Así entró la cursilería en las artes industriales.

Cuando la industria recogió esta herencia para producirla masivamente, acaeció el desastre definitivo que estamos padeciendo.

La radical y necesarísima reacción del arte nuevo contra este estado de cosas, que se extendía a todos los campos estéticos, buscó una nueva expresión en el amplísimo campo de la cerámica, y ha vuelto a situarse en primera línea.

Cuando nosotros nos propusimos hacer nuestras primeras experiencias cerámicas, nos aproximamos a los antiguos alfares, donde se venía haciendo la cerámica tradicional rutinaria; aquí aprendimos los sencillos secretos de su oficio. En el año 1955 nos hicimos maestros artesanos, y en posesión de una mufla eléctrica llegamos a resultados alentadores. Hicimos algunas exposiciones y hoy en día, entusiasmados ante las posibilidades de este campo sin límites, hemos montado un gran horno árabe en Alcalá de Henares, donde proseguimos nuestras exploraciones con los mismos medios seculares al alcance de todas las viejas artesanías.

Nuestro propósito originario no ha variado; es simplemente el de ensayar. Nosotros sólo hemos roto una rutina. En un principio, nos costó bastante trabajo arrancar, pues estábamos frente a una técnica nueva y sin una meta concreta; fué paulatinamente al ir dominando ésta cuando espontáneamente nos fueron surgiendo ideas. Hoy en día es para nosotros la cerámica el más extraordinario divertimento.

No entendemos a los que nos dicen que al emplear la técnica cerámica con fines pictóricos y escultóricos abandonamos la esencia plástica de ésta. El campo cerámico no puede quedar constreñido a las formas abstractas. No negamos el fondo abstracto de la figura torneada, pero el vivificar este alma abstracta añadiendo brazos, cabezas y piernas no puede ser más



legítimo, y buenas pruebas de ello las tenemos en las cerámicas de todos los tiempos.

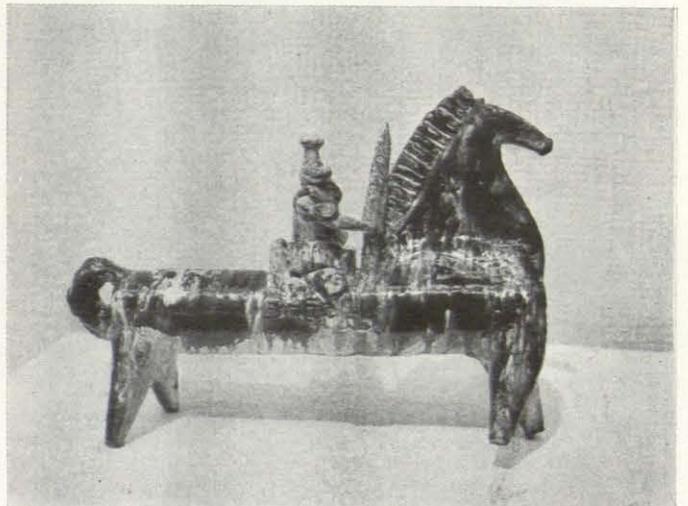
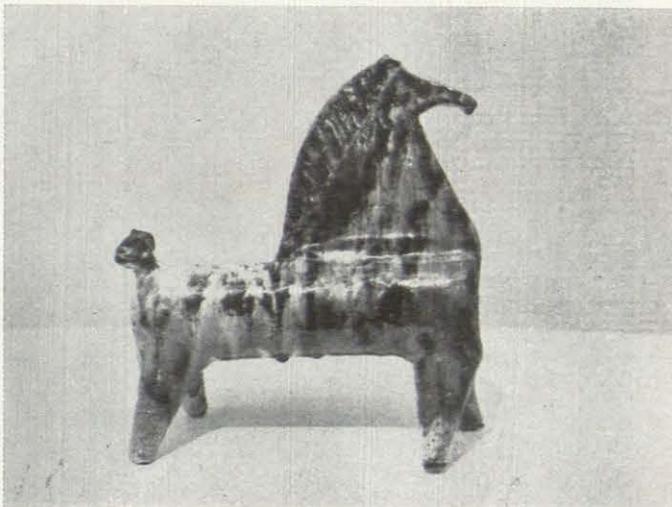
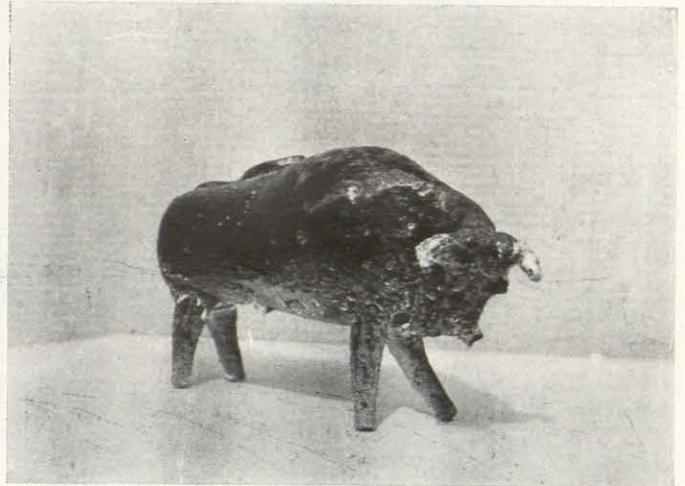
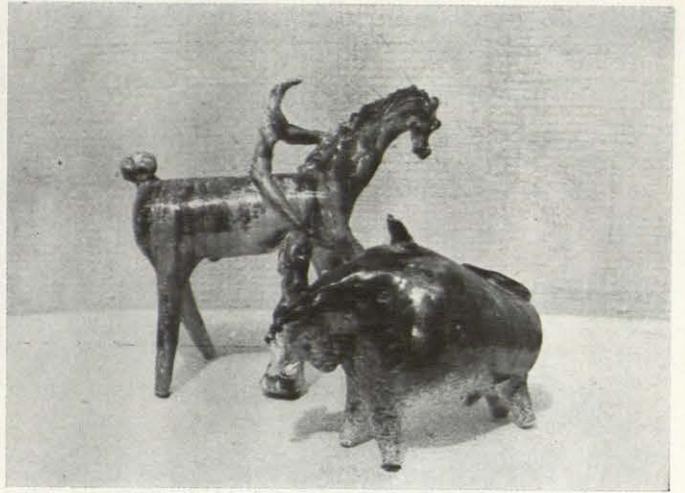
La cerámica es un medio de expresión y no como un fin; por ello todo lo que se haga con barro cocido y coloraciones metálicas es lícito.

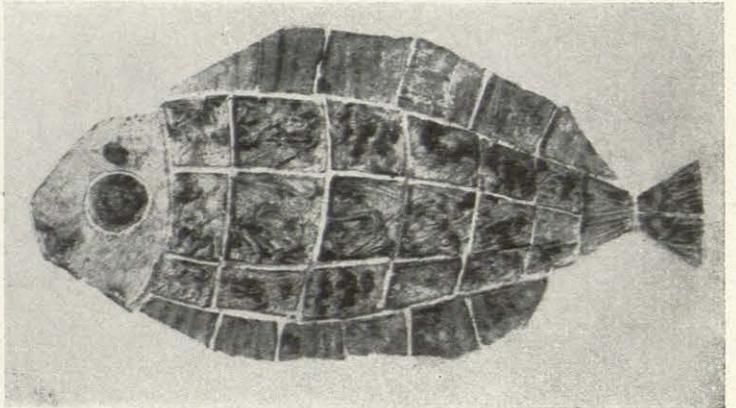
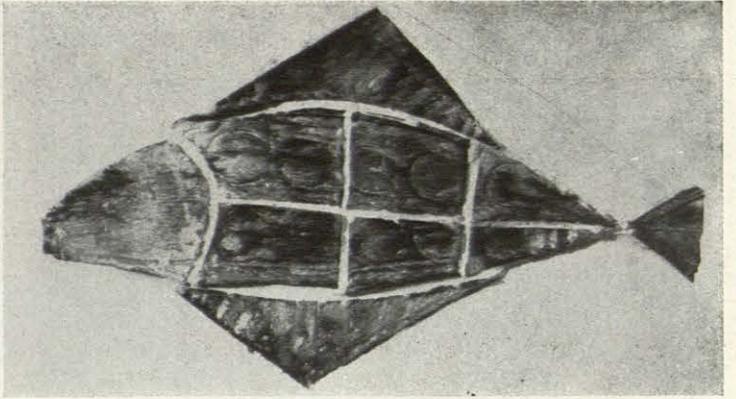
Entre nuestras obras predilectas están los paramentos murales, que suelen ser de dos tipos: de piezas en bajo relieve que macizan un rectángulo, o figuras aisladas despiezadas sobre losas blancas. La finalidad esencial de estos paramentos es la de incorporarlos a la arquitectura. Los macizos en perspectivas cortas y los que se recortan en la losa blanca para perspectivas largas.

En la última exposición que hemos presentado en la sala Nebli hemos querido que los arquitectos comprobaran las grandes posibilidades que tiene la cerámica en nuestro campo, no sólo por su singular fuerza decorativa, sino también por su durabilidad y textura.

Todo el conjunto de figuras y platos son un ensayo demostrativo de los caminos que se pueden abrir para una artesanía sólo con buscar la renovación.

Las retamas, debajo de nuestro horno árabe, siguen ardiendo y dos arquitectos descansan, cuando pueden, de las responsabilidades de su carrera dedicados en cuerpo y alma a su oficio de artesanos.





Paneles de cerámica de Durán y Martitegui.

